Ser aldeá

Ser aldeá para pertencer ao mundo dignamente. Ser de ningures para restaurar o berce onde se naceu /1/. Escribí esto hace ya muchos años, a propósito de *Casa pechada*. Desde entonces, esta idea, de algún modo, me generó una dependencia. Hay un yo (y hasta un ego) oculto detrás de ese «Ser aldeá» (no iba yo a pedirle a nadie que lo fuera, ni mucho menos que fuera de «ningures»). La parte chiquita de lengua que me toca usar, dentro de esa casa abierta que compartimos y mal/repartimos los humanos, me regaló una frase así como a traición, para que yo me la tatuara. Aquí está, pero no en la piel sino en el cuerpo, dentro, decidiendo por mí. La lengua se hace de rogar, regatea, no me dio todavía los medios para explicar bien cómo se produce en mí ese sentimiento de pertenencia y des/pertenencia a un espacio que no ha dejado de crecer conmigo. No es mía la lengua, como no es mía la lluvia o el paisaje. Se deja usar un poquito, con reparos y trampas. Pero me ha generado dependencias, oquedades, carencias, límites, distancias; parece hija a veces, o parece madre. Todo ello se ha ido acentuando: la necesité mucho cuando escribí *Casa pechada*; más aún cuando escribí *Cativa en su lughar* y mucho más ahora, cuando escribí *Tra(n)shumancias*. Cada vez, mi trabajo en poesía es más un trabajo en dependencia de la lengua, de lo que ella quiera darme y de lo que yo me sienta con ánimo de arriesgar por ella, con ella, contra ella, sobre ella, entendida como un bien común a mi servicio para intentar

/1/ Ser aldeana para pertenecer al mundo. Ser de ninguna parte para restaurar la cuna donde se nació.

construir poemas para dar, que es como vive la poesía, dándose, no como otros, que construyen con la lengua un poder para ellos, adueñándose de lo que es común. A mí, esa lengua de ellos no me gusta. Si puedo –que no es sencillo– la evito. Pero ¿qué lengua me pido, entonces? ¿qué tira de lenguaje? ¿qué roto, qué trapo, qué pedazo de esparto? Éramos pequeñas cuando aprendimos a amasar lo que iba a ser el pan. Se pegaba la cosa-masa a los dedos, al brazo, saltaba un pedazo al mandil de cuadros de vichy que sujetaba provisionalmente el pelo. Luego iba fermentando, se soltaba.

Entonces me escribió Germán, Germán Labrador: *la lengua no existe, como no existe el paisaje*. Y yo le respondí a vuelta de correo emocionada, le conté la anécdota de aquel antiguo novio que visitó mi aldea y no pudo contenerse:

–¿Eres consciente del lugar tan «bellísimo» en que naciste? («bellísimo», dijo. Al poco tiempo lo dejamos).

–No son más que *leiras*, le contesté, fincas de patatas, maíz, prados para segar y que ellas pasten.

Pero él hizo fotos y yo, a partir de entonces, convertí en paisaje el valle del Deza.

Con la lengua pasó algo parecido a lo que pasó con el valle: estaba ahí primero, como las fincas de patatas, la vaca, el hórreo, unas gallinas, o la feria. Tardé doce años en cambiar un camino por una calle y una casita fría por un colegio con calefacción y señoritas. Pasaron doce años antes de que yo comiera carne que no fuera la de los cerdos criados en la casa al calor de los niños, y tardé doce años en convertir mi lengua en una lengua, al sentir que se me imponía la obligación de usar otras palabras, casi desconocidas para mí. Comprendí de repente que el trocito de lengua de que había venido disponiendo desde muchísimo antes de nacer gozaba de existencia y era carne, tenía cuerpo y dolía, como el paisaje tiene foto y tiene motosierra y los cerdos intuyen los cuchillos. Aquel pedacito de lengua que yo había usado hasta entonces tenía la misma mala consideración que los filetes de vaca algo inservibles de ciertos comedores de colegio en los 50. Después comprendí que se trataba de una plaga extendida por muchas geografías (lo de la motosierra

/ A mí, esa lengua de ellos no me gusta. Si puedo –que no es sencillo– la evito

y la manía de matar a los cerdos en los meses con hielo). Era un dolor social. Se tronza un árbol y en la caída desmocha la cabeza de otros árboles y genera ausencias, claros no previstos, muertes de bichitos atrapados; llega el día de la matanza y la camada entera se vuelve solidaria con los gritos insoportables de los que han de morir. Me gustaría pensar que todo dolor social genera una adherencia más allá de cualquier resentimiento lógico. Me gustaría creer que ese dolor así, y la adherencia que produce, genera otro paisaje, una nación donde el frío y la lluvia no son la geografía sino el frío y la lluvia de los cuerpos y de sus lenguas, una nación social, algo así.

Tra(n)shumancias quiso trasladarse ahí, a esa nación de *ningures* y de todas partes donde espacios y tiempos forman una cadena cogidos de la mano, una nación tan deliberadamente construida por cuerpos ajenos como decididamente construyendo y construyéndose, también.

===/ **Luz Pichel**